

EN agosto de 1804 llegó a París el barón Alejandro de Humboldt, de regreso de América, en cuyas regiones equinocciales, en compañía de un joven alumno de la Escuela de Medicina y del Jardín de Plantas, Aimé Goujaud Bonpland, acababa de hacer importantes descubrimientos científicos y de efectuar un viaje de 9.000 leguas. En aquellos días el sabio barón era el huésped predilecto de los salones de París, y allí se encontró por primera vez con Bolívar, catorce años menor que él, y a quien dispensó la más afectuosa acogida, pues el joven caraqueño estaba emparentado con los mantuanos de Caracas, o sea las familias de la más alta sociedad, que habían colmado de atenciones al barón y de quienes él conservaba los más gratos recuerdos. Los Ustáriz, los Toros, Ávila, Soublette, Montilla, Sanz y otros más lo habían festejado en sus casas y en sus haciendas; don Andrés Bello lo había acompañado a *la silla del Ávila*. La familia del futuro general Ibarra le recibió en aquella finca de *Bello Monte*, en donde, el día de Reyes de 1800 se creyó Humboldt transportado, como él mismo decía a una mansión de hadas⁽¹⁾. Bolívar lo visitaba con frecuencia en París, y sentía despertarse en su corazón profunda admiración por aquellos magníficos países cuyos innumerables y estupendos aspectos describía el sabio alemán. Así, por primera vez, se revelaron al espíritu arrebatado de Bolívar la flora y la fauna, los tesoros naturales tan variados y tan ricos del Nuevo Mundo. También le hablaba Humboldt de los sentimientos y de las aspiraciones que había observado en esos pueblos, y era entonces cuando Bolívar lo escuchaba con más sostenida atención.

— Señor barón, exclamó un día el joven, usted que acaba de recorrer el continente americano y que ha podido estudiar su espíritu y necesidades, ¿no cree que ha llegado el momento de darle una existencia propia, desprendiéndolo de los brazos de la Metrópoli? ¡Radiante destino el del Nuevo Mundo si sus pueblos se vieran libres del yugo, y qué empresa más sublime!

— Creo que la fruta está madura, respondió el barón, pero no veo al hombre capaz de realizar tamaña empresa.

— Puede ser que lo encontremos...

— ¿Usted se dirige ahora a la Costa Firme? preguntó Humboldt.

— Sí, señor barón, voy a buscar a ese hombre en mi patria.

(1) Refiere don Aristides Rojas que pocos días antes de la muerte de Humboldt, Pablo de Rosti le mostró un álbum de fotografías tomadas en Venezuela, entre las cuales figuraba el legendario *Samán de Güere* que aun hoy se yergue entre Turmero y Maracay. Cuando el anciano sabio vió el Samán, se llevó la mano a la frente, los ojos se le llenaron de lágrimas y, agitado en lo más hondo del alma por aquel recuerdo, habló «de los días en que el entusiasmo juvenil ponía un sello de belleza a sus estudios». «El Samán, agregó, se haya exactamente tal como lo vimos Bonpland y yo. En cambio, ¿qué es de nosotros?»

Bolívar y Humboldt

= De *El libro de Oro de Bolívar*, por Cornelio Hispano, París. Casa Editorial Garnier Hnos. 1925. =



Bolívar en 1810

Del natural por Ch. Gil

— ¿Y si no lo encuentra usted?

— ¡Lo formaremos!

— Quisiera dar a usted el poder de Dios para tal empresa.

— Los pueblos, replicó Bolívar, en los momentos en que sienten la necesidad de ser libres, son poderosos como Dios, porque Dios los inspira.

Estas profundas palabras traen a la mente aquellas que el 11 de marzo de 1828 decía Goethe a su confidente Eckermann:

«Existe como un poder demoníaco que impele al hombre a su gusto, cuando éste cree obrar por sí mismo. En tales circunstancias el hombre debe ser considerado como el instrumento del gobierno supremo del mundo, como la palanca que ha sido juzgada digna de recibir el impulso divino⁽¹⁾»

Los pueblos de América, en efecto, se conmovieron poco tiempo después, del uno al otro extremo, como se conmueven y sacuden y truenan las cordilleras cuando las agita el fuego que vibra en sus entrañas. El grito de libertad e independencia lanzado primero en La Paz, el 16 de Julio de 1809, después en Quito, el 10 de agosto, más tarde en Caracas y en Bogotá, el 19 de abril y el 20 de julio de 1810, abría la historia de esa guerra titánica que remató, el 9 de diciembre de 1824, en el campo de Ayacucho, un ejército heroico y compacto de colombianos, venezolanos, argentinos, peruanos, bajo el genio y la espada de Bolívar.

(1) *Conversations de Goethe*, París, Charpentier, II. 10

Consumada la independencia, el barón de Humboldt, meditando, sin duda, en los inescrutables designios de Eterno, escribía a su joven amigo de París, tres lustros después de su encuentro:

«La amistad con la cual el general Bolívar se dignó honrarme después de mi regreso de México, en una época que hacíamos votos por la independencia y libertad del Nuevo Continente, me hace esperar que, en medio de los triunfos coronados por una gloria fundada por grandes y penosos trabajos, el presidente de Colombia recibirá todavía con interés el homenaje de mi admiración y de mi decisión afectuosa».

En otra ocasión le decía:

«En medio de las grandes y generosas acciones de Vuestra Excelencia, que son la admiración de ambos hemisferios, su corazón ha permanecido siempre sensible a los acentos de la amistad. Las cartas de Vuestra Excelencia me lo han probado; las conservo como un monumento precioso de la benevolencia de Vuestra Excelencia para conmigo, como el más hermoso título de gloria de una vida consagrada a defender, con armas más débiles, es cierto, los progresos de la razón y de una prudente libertad...

«Una voz interior me dice que nos volveremos a ver en esta vida, pero en ese continente que debe su libertad, menos todavía a la gloria de las armas de Vuestra Excelencia que a la noble moderación de su alma, y en donde espero terminar mis días⁽¹⁾...»

No se cumplieron los pronósticos del sabio barón, pero sobrevivió a su amigo hasta 1859, cuando la posteridad había consagrado ya, en última instancia, la gloria del Libertador.

Veintitrés años después de la muerte de Bolívar, en 1853, en una conferencia que por orden de lord Clarendon tuvo con Humboldt, en Berlín, el general O'Leary, amigo y edecán que fué del Libertador, para tratar asuntos relacionados con la apertura de un canal interoceánico por el istmo del Darién, Humboldt, después de haber departido con su interlocutor sobre esta cuestión, habló enseguida de la América española y de Bolívar:

«Le traté mucho después de mi regreso de América, dijo, a fines de 1804. Su conversación animada, su amor por la libertad de los pueblos, su imaginación brillante, me lo hicieron ver como un soñador. Jamás le creí llamado a ser el jefe de la cruzada americana. Durante mi permanencia en las colonias españolas, jamás encontré descontento. Más tarde, al empezar la lucha, fué cuando comprendí que me habían ocultado la verdad, y que en lugar de amor existían odios profundos que estallaron en medio de un torbellino de represalias y de venganzas. Pero lo que más me asombró

(1) O'LEARY, *Correspondencia con el Libertador*, Humboldt a Bolívar, París, 29 de Julio de 1822; 28 de noviembre de 1825 y 21 de marzo de 1826.